

XV

EL HAVRE

El Havre, 9 de septiembre, á las 7 y media de la noche.

Pongo 14 en esta carta, Adela mía, pues había empezado otra, muy larga, que terminaré mañana. Esta noche no tengo tiempo. Y te escribo solamente que llegaré probablemente á París el 13. ¿Lo oyes, Adela? ¡El 13! ¿Lo oyes, Didina? Volveré á veros, á abrazaros á todos. Estoy en suspenso ahora acerca las horas de marcha de los vapores y de las diligencias. Da un apretón de manos á tu buen padre, á quien con tanto gusto volveré á ver. Te abrazo mil veces, mi pobre adorada, y á mi Didina, y á mi Charlot, y á mis dos ángeles *Toto* y *Dédé*. ¡Hasta luego, Didina mía! Mil besos, Adela mía. Te amo. Soy feliz pensando que te veré tan pronto.

XVI

LOUVIERS

Louviers, 11 de Septiembre, á medio día.

Ahí va la larga carta (1) de que te hablaba, Adela mía, en mi billete del Havre. No la leas, pues que estaré en París casi al mismo tiempo que ella. Voy á ver la urna de San Taurino, y estaré contigo el *jueves*, 14. Estoy como clavado en este maldito Louviers, pues las diligencias pasan, pero van llenas. Ya van tres que se burlan de mí.

Hasta el jueves, pues, Adela adorada. Hasta el jueves, vosotros á quienes tanto quiero, mis amados hijos; Didina mía, mi *Dédé*, y mis dos dignos laureados, *Toto* y Charlot, á los que besaré muchas veces por sus premios. Di á tu padre con cuánto gusto le veré. Le abrazo lo mismo que á ti. Mil besos. Hasta el jueves.

12 de septiembre de 1837, en los Andelys.

Ayer, entre Louviers y Puente del Arco, hacia medio día, he encontrado por el camino una familia

(1) La de «Dieppe, 8 de septiembre.»

de pobres músicos ambulantes que iba andando al sol. Había el padre, la madre y seis hijos, todos andrajosos. Seguían lo más posible la línea de sombra que proyectan los árboles. Cada cual llevaba su carga. El padre, hombre de unos cincuenta años, llevaba una trompa en bandolera y un gran contrabajo bajo el brazo; la madre llevaba un gran hato de equipajes; el hijo mayor, de unos quince ó diez y seis años, iba enjaezado de clarinetes, cornetines y oficleides; otros dos muchachos más jóvenes, de doce á trece años, se habían cargado de instrumentos de música y de utensilios de cocina, de suerte que las cacerolas resonaban al unísono con los platillos; luego venía una niña de ocho años, con una percha tan larga como ella al hombro; luego un niño de seis años cubierto con un morral de soldado; luego, por último, una diminuta niña de cuatro á cinco años, desarrapada como los demás, andando también por aquella larga carretera y siguiendo animosamente con sus pasitos el paso largo de su padre. Esta no llevaba nada. Digo mal. En el sucio y destrozado sombrero que cubría su lindo y sonrosado semblante, llevaba—y esto fué lo que me impresionó—un pequeño penacho compuesto de campanillas, amapolas y margaritas, que danzaban alegremente en su cabeza.

Seguí largo rato con la mirada aquel astroso sombrero coronado por aquel resplandeciente penacho, simpática flor de alegría que había hallado manera de desplegarse sobre aquella miseria. De todas las cosas necesarias á aquella pobre familia, la más necesaria, la Providencia la había confiado á la más pequeña, balbuciente apenas. Los otros llevaban el pan, la infancia llevaba la alegría. Dios es grande.

1839

—  
MEDIODÍA DE FRANCIAY  
BORGOÑA